

II

Cerca de dos mil años antes de nuestra era es cuando la mirada del historiador se detiene con alguna seguridad sobre esta familia predestinada. Una emigración de semitas nómadas á la cual va unido el nombre de Tharé ó Térach, abandona las montañas de Armenia y se dirige hacia el Sur. Preciso es suponer que hubo largo tiempo en las montañas del Norte un hogar de aristocracia monoteísta que permaneció fiel á sus costumbres patriarcales y á su culto elevado. Aun saliendo de ese santuario, las tribus emigrantes se miraban unidas á Dios por una alianza y un pacto especial: así vemos á Abraham, á Isaac, á Jacob continuando en Canaan y en Egipto su noble oficio de pastores, ricos, áttivos, jefes de numerosas gentes, en posesión de ideas religiosas puras y sencillas, atravesando las diversas civilizaciones sin confundirse con ellas ni aceptar nada de ellas. Abraham, personaje definitivamente histórico y real, conduce la emigración á Palestina. No era, por lo demás, el primero de su raza, pues independientemente de los cananeos, encontró un jefe semita y monoteísta como él, Melquisedech, con el cual trabó amistad. Sin embargo, la Mesopotamia continuó siendo aun largo tiempo el centro de la familia teraquita, y allí es á donde la aristocracia, fiel á las ideas semíticas sobre la pureza de la sangre, envió hasta su entrada en Egipto á buscar mujeres para sus hijos.

La vida de Israel en aquella época es la de un aduar árabe, con su prodigioso desarrollo de individualidad y de poesía, pero por otra parte con su carencia absoluta de ideas políticas y de cultura inte-

lectual un poco refinada. Casi no se sabe cuál fué el resultado de los primeros contactos de la tribu israelita con el Egipto y los cananeos. La antipatía tan viva que respira toda la historia hebreaica contra Canaan, no es una razón para sostener que ninguna influencia ha podido ejercer. Canaan sobre Israel. La resolución de los hebreos de no reconocer á los cananeos por hermanos, ¿no les ha llevado á separar á los cananeos de la raza elegida de Sem, contrariamente al evidente testimonio del lenguaje? (1). Estos odios de hermanos en nadie han sido más fuertes que en la raza judía, la más despreciativa y la más aristocrática de todas. Sin admitir con algunos sabios que los hebreos y los cananeos hayan tenido durante algún tiempo una religión casi idéntica, se debe reconocer que sólo en una época relativamente moderna es cuando los primeros llegaron á ese espíritu de exclusión que caracteriza las instituciones mosaicas. En el antiguo culto hebreo se encuentra más de un dato de la religión fenicia: en la época patriarcal se ve á los abrahamidas aceptar como sagrados los lugares y los objetos que los cananeos tomaban como tales, árboles, montañas, fuentes, betyles ó *beth-el* (2).

Impenetrables tinieblas cubren para nosotros el primer movimiento religioso de Israel, aquel en que Moisés fué el hierofante y el héroe. Sería contrario á la sana crítica referir á aquellos remotos tiempos la organización complicada que vemos descrita en el Pentáteuco, organización de la que no se encuentra huella en la época de los jueces, ni siquiera en los tiempos de David y de Salomón sería temerario negar que Israel, al salir de Egipto, haya sufrido la

(1) La lengua fenicia era hebreo casi puro.—*N. del A.*

(2) Este nombre designa las piedras sagradas á las que se atribuía virtudes divinas.—*N. del A.*

acción de un gran organizador religioso. Los abrahámidas parece conservaron en Egipto toda la originalidad de su genio semítico: en relaciones continuas con las otras tribus teraquitas de la Arabia Pétreá, pudieran, bajo la impresión de una viva antipatía contra la idolatría egipcia, concebir una de esas relaciones monoteístas tan familiares á los pueblos semíticos y de ordinario tan fecundos. Toda religión es arrastrada á huir de su cuna; el movimiento de que hablamos, que parece haber tenido su fuente principal en la tribu de Leví, fué seguido de una especie de égida ó emigración y de una época heroica que tomó en la imaginación de los siglos más modernos las proporciones de la epopeya. El Sinaí, la montaña santa de toda la región en que tuvo lugar aquel gran acto, fué el punto al que se unió la revelación. Un nombre sagrado de la divinidad que encerraba la noción del monoteísmo más elevado, dos tablas en las que estaban inscritos diez preceptos de la mejor moral, algunos aforismos que formaban, con los diez preceptos, la *ley de Jehovah*, ritos sencillos y apropiados á la vida de un pueblo nómada, tales como el arca, el tabernáculo, la pascua, fueron verosímilmente los elementos esenciales de esta primera institución, que después se complicó á medida que el papel de su fundador iba agrandándose. M. Ewald prueba de la manera más ingeniosa que la gloria de Moisés sufrió en Israel un largo eclipse, que su nombre fué casi desconocido bajo los jueces y durante los primeros siglos de los reyes, y que el viejo fundador no salió de su tumba con aquel brillo extraordinario que circunda su frente, sino uno ó dos siglos antes de la caída del reino de Judá.

La vida árabe en toda su perfección, tal es, en efecto, el espectáculo que nos presenta aún Israel

durante toda la época de los jueces y antes de su organización en monarquía: tribus sin otro lazo que el recuerdo de su fraternidad y la hegemonía de una de entre ellas; la religión más sencilla que jamás haya existido; una poesía viva, joven, ruda, cuyo eco ha llegado hasta nosotros en el salvaje y admirable cántico de Débora; ninguna institución, á no ser la de un jefe temporal (juez ó *sufeta*) y el poder aun menos definido del profeta ó *vidente*, reputado en relación con la Divinidad; en fin, el sacerdocio considerado como exclusivo patrimonio de la tribu de Leví, á punto tal que los individuos que se dejaban llevar á la idolatría se creen obligados á tomar á sus expensas un levita para el servicio de su ídolo. Nada designaba aun á Israel como un pueblo predestinado: puede ser que entre las tribus vecinas de Palestina hubiese entonces pueblos tan avanzados, y el curioso episodio de Balaam nos prueba que el profetismo, la religión y la poesía tenían en aquellas tribus la misma organización que en Israel.

Hacia la época de Elías y de Samuel (1100 años aproximadamente antes de la era cristiana), es cuando el sello de la elección divina se marca por completo sobre Israel. Este momento es aquel en que la nación israelita llega á la reflexión y pasa del estado de tribu, pobre, simple, ignorando la idea de majestad, al estado de reino, con un poder constituido, aspirando á hacerse hereditaria. Hasta entonces Israel había vivido en esa anarquía patriarcal que excluye todo gobierno regular y únicamente templada por la solidaridad de los miembros de la familia, que es el estado habitual de las tribus árabes. Tal orden de cosas era imposible de mantener ante el desarrollo que adquiría la vida social en Oriente; el pueblo pedía á grandes voces: «un rey

como lo tenían las otras naciones. Todo nos indica, en efecto, que esa revolución se hizo á imitación del extranjero, tal vez de los Filisteos ó de los Fenicios y contra el deseo del partido conservador de las tradiciones, que la presentaba como una especie de infidelidad hacia Jehovah. El relato que hasta nosotros ha llegado es evidentemente obra de un contrario: la realeza está presentada en él bajo el peor aspecto y puesta muy por debajo de las antiguas formas patriarcales. No es imposible que este relato sea del propio Samuel; los capítulos del libro que lleva su nombre, en el que su papel político es expuesto, tienen un carácter tan personal, que se siente uno tentado á creer que es él mismo el autor. Lo que hay de cierto es que Samuel, retirando con una mano lo que había dado con la otra, no salió jamás de un sistema de ataques contra la realeza que había inaugurado con repugnancia y para ceder á las exigencias de la multitud. La realeza inexperta y sin tradición fué al principio su juguete. En fin, el hombre destinado á resumir tantas necesidades contrarias y á formar el nudo de la historia del pueblo hebreo por la reunión en su persona del sacerdocio, del profetismo y de la realeza, David aparece y se hace el representante del ideal poético, religioso, intelectual, político de Israel.

Extraordinarios contrastes impresionan á primera vista al que trata de darse cuenta del carácter de David con arreglo á las purificadas ideas que nosotros nos formamos de la moralidad. ¿Cómo el hombre que encontramos alternativamente, en las diferentes épocas de su agitada carrera, sirviendo al extranjero contra su patria, asociado á bandidos, manchado por crímenes domésticos, cruel y vengativo hasta la atrocidad, ha podido pasar en la tra-

dición de Israel por un rey según el corazón de Dios, y fué en efecto un admirable organizador político y religioso, el autor de esos Salmos en que los sentimientos más delicados del corazón han llegado á expresión tan fina? ¿Cómo las costumbres de un *condottiere* han podido unirse á una verdadera grandeza de alma, á la piedad más exquisita, á la poesía más sentimental? ¿Cómo el hombre que sacrifica á su capricho adúltero su más fiel servidor, puede persuadirse con buena fe entera de que Jehovah era su protector especial, obligado á hacerle triunfar y vengarle de sus enemigos, como si Dios no existiese más que para él? Todos estos rasgos serían inexplicables, si no se refiriesen al carácter semítico, del que David es el tipo completo en sus buenas como en sus malas partes. Esencialmente egoísta, el semita casi no conoce deberes sino para consigo mismo: proseguir su venganza, reivindicar lo que cree ser su derecho, es á sus ojos una especie de obligación. La religión no tiene para él más que una relación muy remota con la moral de todos los días. De ahí esos extraños caracteres de la historia bíblica que provocan la objeción, y ante los cuales la apología está tan fuera de lugar como el denigramiento. Los actos de política menos escrupulosos no impedirán que Salomón sea reconocido como el más sabio de los reyes. La mezcla extraordinaria de sinceridad y de mentira, de exaltación religiosa y de egoísmo, que nos sorprende en Mahoma, la facilidad con que los musulmanes confiesan que en varias circunstancias el profeta obedece más bien á su pasión que á su deber, no pueden explicarse más que por la especie de relajamiento que hace á los orientales profundamente indiferentes en cuanto á la elección de los medios, cuando han podido persuadirse de que el objeto

perseguido es la voluntad de Dios. Nuestra manera desinteresada, y por decirlo así, abstracta, de juzgar las cosas, les es desconocida.

Sería, pues, contrario á una buena crítica discutir con malevolencia, como lo han hecho Bayle y el fragmentista de Wolfenbüttel, ó con burlas, como lo ha hecho Voltaire, tantos actos de la vida de David, que en buena moral no podrían ser justificados. Su conducta para con Saúl es bastante equívoca. Después de la muerte de Saúl, el trono pertenecía á su hijo Isboseth; todas las tribus, á excepción de la de Judá, se agrupaban alrededor de él: la traición y el asesinato libraron bien pronto á David de aquel rival. Gracias al favor sacerdotal y á fuertes instituciones militares que parece haber copiado de los Filisteos, entre los cuales había residido largo tiempo, tal vez también por medio de milicias extranjeras asalariadas, el nuevo rey realizó su idea dominante, la supremacía de la tribu de Judá, una realeza fuerte, hereditaria en su casa, con su centro en Jerusalén. Esta futura capital del mundo religioso no había sido hasta entonces más que un burgo fortificado; David hizo de ella «una ciudad, cuyas casas se tocan.» A su muerte, el viejo rey había acabado con todos sus adversarios, realizado todos sus proyectos, y pudo repetir con orgullo este canto de guerra del tiempo de su juventud, que nos sorprende por su altiva y brutal energía:

»Jehovah á dicho á mi señor: «Siéntate á mi derecha, hasta que haga de tus enemigos un escabel para tus pies.

»Jehovah extenderá de Sión el cetro de tu poderío; domina en medio de tus enemigos.

»Tu pueblo ha acudido á tu llamamiento con el brillo de los santos ornamentos; la juventud que te rodea es como rocío que sale del seno de la aurora.

»Jehovah lo ha jurado, y no se arrepentirá de ello: tú eres sacerdote para siempre á la manera de Melquisedech.

»El Señor está á tu derecha: el día de su cólera destruye á los reyes.

»Él reinará sobre las naciones, lo llenará todo de cadáveres, romperá cabezas en una vasta extensión.

»Él se refrigerará en su camino con el agua de un torrente; por allí levantará su cabeza.»

Esta realeza profana, contraria por muchos conceptos al verdadero destino de Israel, continuó durante todo el reinado de Salomón. El trono de David, según las reglas de estricta herencia, pertenecía á Adonías. Salomón lo ocupó gracias á la preferencia de su padre y á una intriga de harem dirigida por su madre Bethsabé, que fué siempre la esposa favorita. El asunto fué decidido por los *fuertes de David*, pequeño grupo de soldados de la especie más ruda, que habían constituido el nervio del precedente reinado. La voluntad de David fué preponderante, tan acostumbrado tenía á Israel á obedecerle. El más sabio de los reyes inauguró su reinado, según el uso de Oriente, haciendo degollar á Adonías y á su partido. Adonías, si hubiera triunfado, habría tratado de igual modo sin duda alguna al partido de Salomón. Sea como fuere, esas perturbaciones introducidas en la herencia originaron graves consecuencias é infirieron á la legitimidad de Israel un golpe, del que no se repuso jamás.

Si la idea de una monarquía conquistadora cruzó algún momento por la mente de David, acostumbrado á vivir con sus soldados y los filisteos, aquella era una idea irrealizable y que bien pronto fué abandonada. El pueblo hecho era incapaz de una gran organización militar, y en efecto, bajo Salomón

todo aquel aparato de guerra se inclina á la paz. El reinado de Salomón convirtiéndose en el ideal profano de Israel. Sus alianzas con todo el Oriente, sin respeto á las diferencias de religión, su soberbio serrallo que encerraba hasta setecientas reinas y trescientas concubinas, el orden y la belleza de los servicios de su palacio, la prosperidad industrial y comercial de su tiempo, reavivaron en las imaginaciones ese gusto por el bienestar y por las mundanas alegrías al que Israel se abandonó cuantas veces el aguijón del sufrimiento no le impulsó á más altos destinos. El Cantar de los Cantares es la expresión encantadora de la vida alegre, feliz, finalmente sensual de Israel, en uno de esos momentos en que, dejando dormitar el pensamiento divino, se abandona al placer. Una literatura profana, común en parte á los pueblos vecinos de Palestina, se sobrepuso á la poesía lírica de los salmistas y de los videntes. Salomón también cultivó esta sabiduría mundana casi extraña al culto de Jehovah, y que casi no es más que el arte de triunfar aquí abajo. Se le atribuyen obras, y es cierto que escribió. Menos poeta que su padre y no estando dotado como él del verdadero sentimiento de la vocación de Israel, púsose á describir las creaciones, «desde el cedro al hisopo»; después, si se ha de prestar crédito á la leyenda, cayó en el escepticismo, en el desprecio de todo, y se refugió en una sabiduría desesperada: «¡Vanidad de vanidades! Nada nuevo debajo del sol... Aumentar su saber es aumentar su pena... Yo he querido investigar lo que bajo el sol pasa, y he visto que sólo era aficción de espíritu.»

Se aprecia cuán lejos estamos del ideal de Israel. La vocación de Israel no era ni la filosofía, ni la ciencia, ni el arte (exceptuando la música), ni la industria ni el comercio. Abriendo aquellas vías pro-

fanas, Salomón hizo en cierto sentido desviar á su pueblo de su destino completamente religioso. Se hubiera dado cuenta del verdadero Dios si semejantes tendencias hubiesen prevalecido. Siendo el cristianismo y la conversión del mundo al monoteísmo la obra esencial de Israel, á la que lo demás debe referirse, todo cuanto le ha apartado de este objeto superior no ha sido en su historia más que una distracción frívola y peligrosa. Pues bien, lejos de haber adelantado esta gran obra, puede decirse que Salomón lo hizo todo para comprometerla. Si hubiese triunfado, Israel hubiera dejado de ser el pueblo de Dios y habríase convertido en nación mundana como Tiro y Sidón. Los poetas ejercieron bajo su mando escasa influencia. Arrastrado por sus relaciones con los pueblos más diversos y por el deseo de agrandar á sus mujeres egipcias, sidonias, moabitas, llegó á una especie de tolerancia para los cultos extranjeros. Mientras que el sucesor de David pasaba el tiempo jugando á los enigmas con la infiel reina de Saba, se vieron sobre el monte de los Olivos altares á Moloch y á Astarté. ¿Qué más contrario al primer deber de Israel? Guardador de una idea á la cual el mundo debía afiliarse, encargado de sustituir en la conciencia del hombre el culto del Dios supremo al de las divinidades nacionales, Israel debía ser intolerante y afirmar atrevidamente que todos los cultos fuera del de Jehovah eran falsos y sin valor. El reinado de Salomón fué así, bajo muchos aspectos, un intervalo en la carrera sagrada de Israel. El desarrollo intelectual y comercial que había inaugurado no tuvo continuación. Sobre el fin de su vida, los profetas que había reducido al silencio le sobrepujaron y le hicieron una viva oposición. Sus obras, consideradas como profanas, en su mayor parte se perdieron; su memoria fué dudó-

sa, y la amplitud de ideas que un momento había inaugurado no dejó en Israel más que un vago y brillante recuerdo.

Vemos manifestarse aquí la gran ley de toda la historia del pueblo hebreo, la lucha de dos necesidades opuestas que parecen haber arrastrado siempre en sentido contrario á esta inteligente y apasionada raza: de una parte la amplitud de espíritu, aspirando á comprender el mundo, á imitar á los otros pueblos, á salir del estrecho recinto en que las instituciones mosaicas encerraban á Israel; de la otra el pensamiento conservador al que estaba unida la salvación del género humano. Los profetas son los representantes de la tendencia exclusiva; los reyes, de un pensamiento más abierto á las ideas del exterior. El profetismo, más acomodado al genio y á la vocación del pueblo hebreo, debía necesariamente triunfar é impedir á la realeza laica echar hondas raíces en Israel.

Lo que importa observar es que la autoridad profética, tan hostil á la realeza, no lo es casi menos al sacerdocio. El profeta no sale de la tribu de Leví; no enseña en el templo, sino en las plazas, en las calles y en los mercados; lejos de excitar á la observancia, según la costumbre del sacerdote, predica el culto puro, la indiferencia por las prácticas exteriores cuando no se unen á la adoración del corazón. La misión del profeta deriva de Dios directamente y representa los intereses populares contra los reyes y contra los sacerdotes, con frecuencia aliados á los reyes. De ahí un género de poder que no tiene semejante en la historia de ningún pueblo, una especie de tribunado inspirado, consagrado á la conservación de las ideas antiguas y de los antiguos derechos. No se puede negar que la política general de los profetas no se nos presenta como estrecha ni

opuesta al progreso; esta era la verdadera política de Israel. Pareció al principio importuna aquella voz austera y monótona, prediciendo siempre ruinas, anatematizando los instintos que arrastraban al hombre antiguo al culto de la naturaleza. A menudo en esta larga lucha de los reyes y de los profetas, es á los reyes á quienes estamos tentados de dar razón.

La oposición de Samuel contra Saul es, de ordinario, poco sensata, y si los profetas dirigen á veces á David muy justas advertencias cuando llaman á aquel gran rey al cumplimiento de la moral, muy dado á olvidarla, no se puede negar que también á menudo sus reproches revelan una política bien inocente, por ejemplo, cuando presentan como crimen capital el padrón ó censo ordenado por David, y pretenden hacer considerar las calamidades que le seguirán como un castigo por esta medida, poco popular sin duda. Varios reyes presentados por los severos autores del Libro de los Reyes y de los Paralipómenos como malvados, eran acaso príncipes razonables, tolerantes, partidarios de alianzas necesarias con el extranjero, obedientes á las necesidades de su tiempo y á una cierta inclinación hacia el lujo y la industria. Los profetas, impregnados del antiguo espíritu semítico, enemigos ardorosos de las artes plásticas, iconoclastas fogosos, hostiles á todo lo que arrastraba á Israel en el movimiento del mundo, pedían á los reyes persecuciones contra los cultos que se apartaban del monoteísmo y les reprochaban como crímenes las alianzas sagradas que fuera contraían. Jamás se vió oposición más ruda, más violenta, más anárquica; y sin embargo, en el fondo, la oposición tenía razón. Ya que se parte del principio de que Israel no tenía más que una vocación, la conservación del monoteísmo, la dirección

de su movimiento correspondía de derecho á los profetas. Israel no podía reunir á la humanidad alrededor de una misma fe sino apartando ante todo escrupulosamente toda influencia extraña; la conservación del monoteísmo no exigía ni estudio, ni variedad de espíritu, sino una inflexible tenacidad.

III

Durante sesenta años (cerca de diez siglos antes de la era cristiana), David y Salomón representaron el más elevado grado de gloria y de prosperidad temporal que hayan alcanzado jamás los hebreos. Desde entonces siempre más sus sueños de ventura se volverán hacia un ideal compuesto de David y de Salomón, hacia un rey poderoso y pacífico, que reinará de uno á otro mar y del que todos los reyes serán tributarios. ¿En qué momento esta idea fecunda, de la que saldrá el Mesías, hizo su aparición en Israel? No podría decirlo la crítica. Estas ideas, nacidas en el fondo de la conciencia de una nación, no tienen principio; como todas las obras profundas de la naturaleza, ocultan su origen en misteriosas tinieblas. ¿La idea del imperio del mundo ha nacido en Roma en un momento dado? No; es tan antigua como la misma Roma, y fué, en cierto modo, grabada en la primera piedra del Capitolio. La fe en el Mesías, vaga, oscura, entrecortada por eclipses y olvidos, reposa igualmente en los más antiguos cimientos de Israel.

La ineptitud de los hebreos para un gran papel político se revela más y más cada día. A partir de Roboam, casi siempre están en vasallaje, primero bajo Egipto, después bajo Asiria, luego bajo Persia,

después bajo los griegos, luego bajo los romanos. Una causa particular aceleró la ruina de su poderío temporal. La tribu de Judá, llegada á la preponderancia por la victoria de David, no logró jamás ahogar la individualidad de las otras tribus y fundar la unidad de la nación. Las tribus del Norte de Palestina, agrupadas alrededor de la de Efraim, aspiraban á separarse y no soportaban sino impacientemente la dependencia religiosa en que les tenía Jerusalén. Los considerables gastos de Salomón que pesaban abrumadoramente sobre las provincias y no aprovechaban más que á la capital, acabaron de divorciar los intereses del Norte y del Sur. Efraim, con su montaña de Garizin, rival de Sión, su ciudad santa de Bethel, sus numerosos recuerdos de la edad patriarcal, era sin disputa la más respetable de las individualidades que luchaban contra la acción absorbente de Judá. La rivalidad de estas dos familias principales de los israelitas data de las épocas más remotas de su historia. En el tiempo de los jueces, Efraim, por la permanencia del arca en Silo y por su importancia territorial, tuvo verdaderamente la hegemonía de la nación. La idea de una monarquía israelita estuvo un momento á punto de ser realizada por Efraim. Después de la muerte de Saúl, vemos á esta tribu agrupar á su alrededor todas las del Norte, oponer sin éxito Isboseth á David, el hábil y afortunado campeón de las pretensiones de Judá, en fin, después de la muerte de Salomón, hacer triunfar sus tendencias separatistas por el cisma del reinado de Israel y el advenimiento de una dinastía efraimita. De entre los jefes de los obreros que Salomón hacía trabajar en la construcción de la terraza entre Sión y Moria, se fijó en un robusto joven de Efraim, cuyo aspecto inteligente le impresionó, y al cual dió una función importante